

de 1938. Como le dije, caminaba por el pasaje de Odessa y acababa de tropezar con una pareja, cuando tuve la revelación: los ojos de la mujer del metro eran los mismos ojos de mi maestra. No quiero decir que *pareciesen* los mismos: quiero decir que lo eran literalmente. Llegué a mi cuarto en un estado parecido al que sufría en mis alucinaciones de infancia. Me eché sobre la cama a rumiar mis ideas. No sé si ya le dije que por entonces me había ido a vivir solo, abandonando a M. y a mi hijo de la manera más despiadada, a raíz de ciertas palabras de aquel canalla de R. Al poco tiempo ella se volvió a la Argentina y yo quedé tan solo como de chico en una pesadilla.»

Nuevamente Sábato culpa a R. de sus decisiones, y aquí se aclara más no sólo el vínculo de R. con el «id» de Sábato, sino también la pista que nos va a conducir a nuestra conclusión final. Sábato dice que el encuentro con R. le hizo abandonar a M. y a su hijo. Aparentemente éstos serían su mujer y el hijo de ambos. Pero creo que lo más acertado es pensar en la M. de mamá y a su hijo como él mismo en su fuerte relación con su madre, como también lo ha reconocido más de una vez que así fue en la realidad. Ya sabemos también, por las confesiones del autor, cuánto sufrió al trasladarse de Rojas a La Plata y al alejarse de la madre y sentir que se quebraba ese vínculo. La edad y las circunstancias fueron hartamente difíciles para Sábato en aquellos momentos. Es cuando a uno le pasa, sobre todo si se es como él hipersensible, que el Edipo se vive, sin saber con exactitud lo que realmente ocurre, con una mezcla de angustia de abandono y de vergüenza por los impulsos que hasta entonces se sentían y que la adolescencia nos aclara de golpe y brutalmente. La negación, esa autodefensa que generalmente nos hace más daño que beneficio, comienza a tender sus vallas, y es entonces cuando la represión puede llegar a transformarse en una oscura pero tremenda obsesión. Y esta experiencia, por la que todos pasamos, deja más rastros de lo que generalmente piensan los legos. Dejo apuntada aquí esta reflexión; volveremos sobre ella dentro de un momento. Por ahora tenemos que seguir un poco más en torno a la relación de Sábato y R.

Vayamos a la página 319. Otra vez los recuerdos, las fantasías, los desdoblamientos, su maestra, el pueblo de Rojas, la mujer de París y la comprobación de los sueños en la realidad, unidos a la presencia siempre un tanto furtiva y extraña de R. La clave se aclara más con este pasaje de la novela, y R. aparece con mayor nitidez, de acuerdo a la interpretación que vamos dando, de que es el verdadero y oculto Sábato, el que maneja los hilos detrás de sus desdoblamientos y sus ficciones; la realidad profunda, como señalamos antes, en la cual se conjuga todo el complejo universo de la novela.

R. había logrado, al fin, su objetivo de conducir a Sábato hasta el borde de su propio abismo. Ahora no le quedaba más remedio que penetrar en las tinieblas para enfrentarse a su fatalidad. Llegamos así al umbral de la decisión que provocará el desenlace.

Por un largo túnel (nuevamente retorna al símbolo inicial de su universo novelístico), R. guía a Sábato, que se desnuda, por fin, ante él: «R. tomó el farol de la pared, que despedía un fuerte olor a aceite quemado y mucho humo, recorriendo la cueva se puso al lado de S. y le ordenó:

—Ahora mirá lo que tenés que ver.

Acercando el farol al cuerpo de Soledad, iluminó su bajo vientre, hasta ese momento oscurecido. Con horrenda fascinación, S. vio que en lugar del sexo Soledad tenía un enorme ojo grisverdoso que lo observaba con sombría expectativa, con dura ansiedad.

—Y ahora—dijo R.—tendrás que hacer lo que es necesario que hagas. Una fuerza extraña empezó desde ese instante a gobernarlo y, sin dejar de mirar y ser mirado por el gran ojo vertical, se fue desnudando, y luego lo hizo arrodillar ante Soledad, entre sus piernas abiertas. Así permaneció unos instantes mirando con pavor y sadismo al sombrío ojo sexual. Entonces ella se incorporó con salvaje furor, su gran boca se abrió como la de una fiera devoradora, sus brazos y piernas lo rodearon y apretaron como poderosos garfios de carne, y poco a poco, como una inexorable tenaza, lo obligó a enfrentarse con aquel gran ojo que él sentía allá abajo, cediendo con su frágil elasticidad hasta reventarse. Y mientras sentía que aquel líquido se derramaba, él comenzaba su entrada en otra caverna, aún más misteriosa que la que presenciaba el sangriento rito, la monstruosa ceguera.»

Observemos que en este pasaje que indica el descenso de Sábato hasta el fondo de su obsesión, se le menciona otra vez con la inicial S. En ese momento no es Sábato el escritor, que busca interpretar su mundo, sino Sábato el hombre, el habitante de ese mundo extraño y a la vez tan suyo. Había llegado al fondo del abismo donde su obsesión le fue revelada en un monstruoso rito, pero el misterio quedaba en él intacto. El hombre sólo puede ser testigo ante el misterio y contar lo que ve, pero no puede desentrañar su sentido, porque éste queda más allá de toda comprensión humana. Todas las búsquedas metafísicas están condenadas al naufragio. Por eso también el ascenso le resulta más difícil que el descenso, puesto que una vez la curiosidad descubre su límite, pierde toda la fuerza que genera su terca y obstinada insistencia. El hombre está cercado por situaciones límites que jamás pueden franquearse. El ascenso desde la oscura cueva de su

obsesión significa el regreso de su búsqueda y de su naufragio, y el sentido metafísico de la novela concluye con el siguiente pasaje (página 473):

«Un gran silencio reinaba en la ciudad. Sábato caminaba entre la gente, pero no lo advertían, como si fuera un ser viviente entre fantasmas. Se desesperó y comenzó a gritar. Pero todos proseguían su camino en silencio, indiferentes, sin mostrar el menor signo de haberlo visto u oído...

Entró a su estudio. Delante de su mesa de trabajo estaba Sábato sentado, como meditando en algún infortunio, con la cabeza agobiada sobre las dos manos. Caminó hacia él, hasta ponerse delante, y pudo advertir que sus ojos estaban mirando al vacío, absortos y tristísimos.

—Soy yo —le explicó.

Pero permaneció inmutable, con la cabeza entre las manos. Casi grotescamente se rectificó:

—Soy vos.

Pero tampoco se produjo ningún indicio de que el otro lo oyera o lo viese. Ni el más leve rumor salió de sus labios, no se produjo en su cuerpo ni en sus manos el más ligero movimiento. Los dos estaban solos, separados del mundo. Y, para colmo, separados entre ellos mismos.»

Aquí se aclara definitivamente una de las claves importantes que mencionamos al comienzo: el rasgo de exorcismo que caracteriza a esta novela, y que por ello será la última, según la confesión del autor. S., el Sábato-hombre portador de sus fantasmas, intenta volver al Sábato-intérprete, el escritor, que ya conoce su fracaso. Pero el desdoblamiento no termina y la reunión no se realiza y, al parecer, esa reunión no se realizará jamás. Por eso dice que los dos están solos, separados del mundo y, para colmo, separados entre ellos mismos. Sus fantasmas, aunque lo siguen siendo, quedaron frente a él. Ya no están en él. Sábato ha hecho, por fin, a través de sus tres novelas, lo más que puede lograr un escritor con su universo de fantasmas: comunicarlos, ponerlos frente a él y a sus lectores.

Y ahora, para completar nuestra búsqueda del significado de los símbolos que caracterizan al universo de Sábato, hagamos un recuento final de los elementos de juicio que hemos podido recoger en nuestro análisis y ensayar con ellos una hipótesis explicativa.

1. Las palabras-símbolos que se repiten una y otra vez en las novelas de Sábato: túnel, cueva, madre, sexo, soledad, incesto, tiniebla, ojo, ceguera, misterio, imposibilidad, fracaso, testimonio.